

sitos, pero á menudo picotea tambien las heridas, y el pobre animal permanece inmóvil, con las orejas bajas y el lomo arqueado, sin poder librarse del ave.

No cabe duda que esta ave devora tambien cadáveres humanos, á juzgar por su manera de proceder cuando ven un hombre dormido en alguna de aquellas soledades. «Al despertar, dice Darwin, vense en la colina inmediata una ó varias de estas aves, que vigilan al viajero con paciencia.»

Algunas de estas aves siguen á los cazadores, y les arrebatan á menudo las piezas á su propia vista; las hay tambien que acompañan á las demás carniceras para cogérselas su presa; persiguen á las grandes cigüeñas que han tragado un pedazo de carne, y no las dejan un momento de reposo hasta que lo vuelven y abandonan; pero en cambio son tambien perseguidas á su vez por nubes de otras aves.

Las especies mas afines están en continua guerra unas con otras: «Si el caracara, dice Darwin, está tranquilamente posado en un árbol, el chimango vuela á su alrededor, y procura darle picotazos que el caracara evita en lo posible. A esta rapaz le atormentan los piojos mas que á ninguna otra; tiene tantos, que es casi imposible desplumarla.»

Cuando el caracara grita pone la cabeza sobre las espaldas y deja oír un sonido que algunos viajeros expresaron por *traaa*, seguido de *rooo*, pronunciado con ronca voz; y se le ha comparado con el rumor que produciria el frote de dos leños rugosos.

Desde la mañana á la tarde está el carancho en continuo movimiento: hácia la puesta del sol se reúne con algunos de sus semejantes, y con sus fieles compañeros, los pernopteros; todos juntos van á posarse en la rama de un árbol aislado en medio de las estepas para entregarse al descanso. Se ve á estas aves acudir de cinco ó seis leguas á la redonda, y si no encuentran árbol conveniente, se posan en las breñas, en las rocas ó sobre los nidos de térmite.

El macho y la hembra viven todo el año en la mas perfecta union: se les reconoce siempre, aunque varios individuos formen una bandada. El período del celo varia segun las localidades; corresponde á la primavera en la América central, y al otoño en el Paraguay.

El nido se compone de ramas secas y está relleno en su interior de raices, yerba y musgo; es muy espacioso, y encuéntrase lo mismo en los árboles altos que en los bajos. Los huevos, cuyo número es de tres, ó cuando mas cuatro, tienen forma de pera, pero son mas prolongados; miden 0",045 de largo por 0",035 de grueso; el color de los dibujos varia mucho; la cáscara es por lo regular amarillenta, parda ó de un rojo de sangre.

Los hijuelos salen cubiertos de plumon, y adquieren el plumaje de sus padres en el nido. El macho y la hembra los cuidan tiernamente y los acompañan largo tiempo; pero cuando ya no necesitan nada los rechazan, tratándolos con indiferencia.

CAUTIVIDAD.—No tenemos muchos detalles acerca de la vida del caracara.

Audubon habla de una pareja que cogió Strobel en los alrededores de Charleston. El macho era muy déspota con su compañera y no dejaba escapar nunca la ocasion de maltratarla, de tal modo algunas veces, que la pobre ave estaba algunos minutos echada de espaldas para defenderse con sus patas. Ninguna de estas rapaces manifestaba el menor afecto por su guardian; cuando se las cogia se defendian tan vigorosamente con el pico y las uñas, que era preciso soltarlas. Devoraban los animales muertos y vivos, las ratas, los ratones y las gallinas, y eran tan diestras como los halcones y las águilas para arrebatarse una presa en sus garras. Sujetaban su presa con las uñas, y hacianla pedazos, tragándose la

carne con pelo y pluma. Comian mucho de una vez; pero tambien podian ayunar largo tiempo; y el agua les era de todo punto necesaria. A los dos años tenian ya el plumaje de los adultos; pero hasta mas tarde no pareció en todo su esplendor.

Un caracara que tenemos en el Jardin zoológico de Hamburgo no nos ha ofrecido todavia ningun hecho interesante, si bien es verdad que fué preciso ponerle en una estrecha jaula donde no se puede mover cómodamente. No manifiesta el menor apego á su guardian, y parece indiferente á todo. Se le ve horas enteras en el mismo sitio, completamente inmóvil; lo mas que hace es levantar y encoger de vez en cuando su moño; por lo regular se posa en la percha mas alta de su jaula; á menudo está en tierra. La carne es su alimento favorito, si bien no rehusa las sustancias vegetales; parece que le gustan sobre todo las patatas; su voz se oye con mucha frecuencia.

LOS VULTÚRIDOS— VULTURIDÆ

CARACTÉRES.—Estas aves que constituirán para nosotros una familia, son las mayores de todas las rapaces. El pico, mas largo que la cabeza, ó por lo menos tanto, es recto, y solo ganchudo junto á la punta de la mandíbula superior; mas alto que ancho, tiene los bordes afilados; la cera ocupa una tercera parte de la longitud, y en las especies mas pequeñas hasta la mitad. Casi siempre falta una verdadera escotadura; pero sustitúyela una prominencia de los bordes de la mandíbula superior. En algunas especies se observan ensanchamientos de la piel, que en la mayoría de casos forman crestas sobre el pico. Los piés son fuertes, pero los dedos endebles, con uñas cortas, poco corvas y siempre obtusas, de modo que las garras no sirven de mucho como armas ofensivas. Las alas, en extremo grandes, anchas y muy redondeadas, suelen tener la cuarta rémige mas larga. La cola, de longitud regular, redondeada ó escalonada, tiene las plumas rígidas. En cuanto á la estructura interna, los buitres ofrecen todos los caracteres distintivos esenciales de los halcones, solo que en algunas especies se cuentan mas vértebras cervicales. Las caudales son mas anchas; el esternon relativamente mas bajo; los huesos del brazo mas largos; el esófago se ensancha en forma de buche de considerable tamaño, que sobresale como un saco del cuello cuando está lleno; el estómago glanduloso es grande.

OBSERVACIONES GENERALES.—Tenemos á los vultúridos por aves innobles, porque no las consideramos mas que bajo un punto de vista; pero no se les puede aplicar semejante calificativo en absoluto; antes por el contrario, debemos mirarlos como muy superiores en ciertos conceptos: tienen el paso cachazudo; llevan las alas separadas, y rara vez está ordenado su plumaje; su marcha ciertamente no es graciosa, pero en cambio andan fácilmente, mucho mejor que los mas de los falcónidos, y paso á paso sin saltar. Si tienen el vuelo lento, y no rápido como el del halcon, es no obstante muy sostenido, y puede el ave dominar el viento.

Sus sentidos alcanzan tanto desarrollo como los de las otras rapaces; por lo que hace á la vista, sobre todo, nada tienen que envidiar al águila ni al halcon, pues vuelan á una distancia que no podemos apreciar nosotros sin hacer uso de nuestros mas poderosos instrumentos. Su oído es bueno; el olfato mas sutil que el de las otras rapaces, aunque no tanto como se ha supuesto; el gusto bastante bueno; sin poderles negar el tacto. Su inteligencia es en cambio me-

diana; por tal concepto se hallan muy por debajo de los águilas y de los falcónidos, y hasta de los estrigidos, las mas estúpidas de todas las rapaces. Son miedosos, y rara vez prudentes; pendencieros y coléricos, pero poco audaces y nada valerosos; sociables y no pacíficos, malignos y cobardes; y su inteligencia no raya ni siquiera hasta la astucia. Aprenden poco á poco á conocer á las gentes y á los animales que les pueden hacer daño, y con frecuencia los distinguen de aquellos de que no deben temer nada. Rara vez profesan afecto á otros séres; en todo son rudos y estúpidos, y se nota en ellos una curiosa obstinacion en ejecutar lo que han proyectado. Los tachamos de perezosos porque los vemos permanecer horas enteras inmóviles en el mismo sitio; pero deberíamos reconocerles la cualidad opuesta cuando pasan casi todo un dia volando por los aires. En su manera de vivir se observa una mezcla de las facultades mas diversas y contradictorias al parecer; inclínase uno á mirarlos como aves calmosas y pacíficas; mientras que si se observa con atencion, aparecen como las mas violentas de todas las rapaces.

Solo cuando se sabe cuál es el régimen de los vultúridos se puede llegar á conocerlos: la palabra *rapaz* pierde su significado en ellos, pues son muy pocos, y aun estos excepcionalmente, los que acometen á los animales vivos, observándose que lo hacen de una manera especial. Por lo regular se contentan con lo que la casualidad les proporciona; se hartan con los cadáveres que encuentran; comen las inmundicias que descubren, y para esto no necesitan mucha inteligencia, pues les basta la vista. Sin embargo, no siempre les favorece la casualidad; algunas veces se hallan expuestos á padecer hambre, y hé aquí porqué al encontrar una presa procuran compensar sus dias de ayuno, preparándose para el porvenir.

Las aves que se alimentan de este modo no pueden vivir sino en la zona tropical, ó cuando mas en la templada, pues en los países glaciales, cada sér se ve obligado á cazar su presa. La naturaleza del sur es generosa, y proporciona tanto á los vultúridos, que no han de inquietarse mucho para satisfacer sus necesidades.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Los vultúridos habitan todos los países del globo, excepto la Nueva Holanda: el antiguo continente es mas rico en especies que el nuevo; cada una de estas tiene un área de dispersion menos limitada. Algunas son casi tan numerosas en Europa como en Asia y en Africa.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Encuéntrense los vultúridos en todas las localidades, lo mismo en las llanuras mas cálidas, abrasadas por el sol de los trópicos, que en los altos picos de las montañas mas elevadas. Entre todas las aves son las que mas se remontan por los aires; estando además organizados para soportar las variaciones mas considerables de presión atmosférica. Solo algunas especies parecen confinadas á ciertas localidades; así es que no vemos á unas mas que en las montañas, al paso que otras solo se encuentran en la llanura.

No se puede asignar á los vultúridos una residencia propiamente dicha: su régimen les obliga á franquear espacios considerables, y pueden hacerlo con el auxilio de sus enormes alas.

Solo en la época del celo les retienen en el mismo punto los deberes de la reproduccion y el cuidado de las crías; viajan todo el resto del año, y puede decirse que se hallan á la vez en todas partes y en ninguna. Aparecen repentinamente, y en gran número, en un país donde durante mucho tiempo no se habia visto un solo individuo, y desaparecen luego sin dejar rastro ni vestigio de su procedencia. Los que viven en las montañas tienen al parecer una residencia mas fija, pues

se les ve en los mismos parajes, aun despues del período del celo. Solo algunos evitan la vecindad del hombre; otros se fijan en los lugares habitados, donde encuentran su cotidiano alimento mas fácilmente que en las regiones desiertas. En todas las ciudades del Africa y del sur de Asia y de la América del sur estas aves son tipos característicos.

A los vultúridos se les debe ver sobre todo cuando trabajan; solo entonces, y hablo por experiencia personal, se manifiestan realmente tal como son.

Sucumbe un camello en los confines del desierto, rendido de las fatigas de viaje, y agotadas sus fuerzas por los ardores del simoun; el camellero despoja de su carga al pobre animal que no debe volver á ver las fértiles márgenes del Nilo, y continúa la marcha con sus compañeros, abandonando el cuerpo, porque su religion le prohíbe tocarle.

Al dia siguiente el cadáver se halla todavia intacto sobre la arena que le ha servido de lecho de muerte, dado caso que no haya llegado alguna hiena de los alrededores; la descomposicion comienza su obra, y á primera hora de la mañana aparece un cuervo en la colina próxima. Desde lejos divisa aquel rico pasto; lanza un grito, acércase al cadáver y le contempla largo tiempo. Otros cuervos le imitan, y reúnen en gran número, seguidos de diversas rapaces, que acuden luego al sitio. No tardan en dejarse ver el milano parásito y el pernoptero, trazando sus círculos en los aires; acércase un águila, y varios marabús vuelan por todas partes describiendo espirales extensas sobre la presa codiciada.

Pero la gran dificultad es comenzar: las primeras aves que han llegado hacen inútiles esfuerzos para desgarrar la piel del animal, demasiado dura para sus débiles fuerzas; y lo mas que consigue algun pernoptero es sacar uno de los ojos de su órbita. Llega por fin la hora de las diez: aquel es el momento en que se despiertan los grandes vultúridos, y van abandonando uno tras otro el sitio donde han pasado la noche; costean la montaña sin encontrar cosa alguna y remóntanse por los aires á una prodigiosa elevacion, trazando sus círculos, y siguiéndose unos á otros con la vista. Si el uno desciende ó sube, imitanle los demás, dirigiéndose con él hácia el mismo lado. A cierta altura descubren un horizonte inmenso, pues su vista es tan penetrante, que nada se les escapa: á lo lejos divisa el buitre varias aves que se apiñan en un mismo punto, y ya comprende que allí puede tomar parte en algun festín: baja rápidamente un centenar de metros, é inspecciona mejor los lugares. De pronto cierra las alas; fiándose solo en su pesadez, déjase caer desde una altura inmensa y se despedazaria contra el suelo si no abriera oportunamente las alas para disminuir el impulso y cambiar de direccion. Al llegar cerca de tierra, los vultúridos mas pesados extienden sus patas, mientras que los de largo cuello y cuerpo mas ligero, suben y bajan oblicuamente con tanta rapidez como el halcon. En aquel momento no parecen las aves perezosas ni torpes, y despliegan una habilidad de que no se las creeria capaces.

Apenas da uno de ellos el ejemplo, siguenle todos los demás sin vacilar, porque saben que les espera una buena pitanza, y acuden por todos lados. A cada momento se oye á un individuo posarse con gran ruido, y en distintas direcciones se ven aparecer los vultúridos, que un minuto antes se divisaban apenas como un punto negro en las altas regiones. Nada puede ya contenerlos; ya no reconocen el peligro, ni aun la presencia del cazador podria atemorizarles. Llegados á tierra, corren con el cuello tendido, la cola levantada y las alas entreabiertas, precipitándose sin vacilar sobre el cadáver.

Las aves mas débiles les abren paso; pero con las de igual fuerza comienza entonces una serie de luchas: el tumulto, los

gritos y las contiendas que se promueven en aquel momento son indescriptibles, y se necesita verlo para formarse una idea de lo que es.

Dos ó tres picotazos han bastado para desgarrar la piel: las especies de pico sólido se precipitan entonces sobre los músculos, mientras que las mas débiles introducen cuanto pueden su largo cuello para sacar los intestinos. Empújense y se rechazan mutuamente con rabia: el hígado y los pulmones son devorados en el acto; los intestinos están ya fuera, y es preciso que la rapaz sostenga rudas peleas antes de llevarse un pedazo. Otras aves se van presentando continuamente para reclamar su parte, y á cada momento se renuevan las luchas y el tumulto acrece, alejándose aun de mala gana los que ya están hartos. Las rapaces mas débiles se mantienen á cierta distancia, pero dispuestas á lanzarse á la primera oportunidad para coger algun pedazo. Sobre ellas se ciernen las águilas y los milanos, que caen pronto en medio de los combatientes, arrebatándoles un trozo de carne, con el cual desaparecen antes que los vultúridos hayan tenido tiempo de castigar su temeridad.

En pocos minutos queda completamente devorado un pequeño mamífero, y tratándose de un buey ó un camello, tampoco tienen mas que para una sola comida. Aun despues de hartas, no emprenden su vuelo gustosas las rapaces innobles.

Estos banquetes de vultúridos no se verifican siempre del mismo modo; pues ya en el mediodía de Europa y en toda el Africa, llegan á reclamar su parte en el festin otros animales hambrientos. En casi todos los países del sur no se alimentan los perros mas que de restos putrefactos; en el Africa central, los marabús, esas grandes zancudas de pico vigoroso, exigen tambien que se comparta con ellos la presa, y los buitres han de sostener rudas luchas; pero como el hambre les agujonea, conviértense en adversarios temibles. Inútil es que los perros gruñan y enseñen los dientes, pues á pesar de todo, les obligan á emprender la fuga, y nada pueden apenas contra las atrevidas rapaces; solo consiguen alcanzar con sus dientes alguna vez el extremo del ala de su enemigo, mientras que el ave les ocasiona una profunda herida á cada picotazo. No sucede lo mismo con los marabús, los cuales no se dejan ahuyentar por los vultúridos; luchan además con armas iguales, y saben hacerse lugar, distribuyendo á derecha é izquierda vigorosos picotazos.

En ciertos casos les cuesta mucho á los vultúridos asegurarse el alimento: en una comunicacion verbal de Behn, documento confirmado por Jerdon, los vultúridos son en las Indias una especie de sepultureros. El indio demasiado pobre para costear una pira, se contenta con extender el cadáver de uno de los suyos sobre una capa de paja, á la cual prende fuego, á fin de que el difunto no quede privado de la llama purificadora; hecho esto, le arroja á las aguas sagradas del Ganges. A medida que el cuerpo se descompone, sube á la superficie de la corriente, y no tarda en llegar un buitre; con las alas tendidas, la rapaz procura mantener el equilibrio y comienza á devorar aquellos restos mortales. Dice Behn que con frecuencia se sirve de sus alas como de una vela para empujar el cadáver hácia un banco de arena y comer mas cómodamente; pero entonces llegan otros vultúridos á reclamar su parte, y los marabús se presentan á exigir su racion.

Jerdon vió una vez en medio del Ganges un buitre que habia sido ahuyentado sin duda de un cadáver, y que batiendo las alas trataba de ganar la orilla.

Cuando les aqueja el hambre, los vultúridos osan acometer algunas veces á los animales vivos, sobre todo los que están enfermos, por mas que no sean rapaces en la verdadera acepcion de la palabra. Ni aun se puede considerar como tal

el gipaeto, que es el mas noble de ellos, por mucho que digan las historias referidas acerca de él: cuando no tiene mucha hambre, tampoco se alimenta mas que de restos putrefactos. Todos los vultúridos parecen preferir á cualquier otro cadáver el del mamífero, mas no desprecian por eso los de las aves y reptiles: yo los he visto devorar un crocodilo; tambien comen peces.

Las pequeñas especies son mas sobrias que las grandes: parece que algunas pueden abstenerse de comer carne, al menos durante algun tiempo, alimentándose de los excrementos del hombre, ó del de los animales y de los insectos.

Terminada la comida, los vultúridos no se alejan de buena gana del sitio, segun hemós dicho antes; permanecen en los alrededores para hacer la digestion, y mas tarde apagan la sed. Beben mucho y les gusta bañarse; y á fe que ninguna ave lo necesita tanto como ellos, porque despues de cada comida quedan tan sucios que inspiran asco. Apenas limpios entreganse al reposo; para ello apóyanse sobre sus patas, con las alas extendidas para calentarse al sol, ó bien se echan sobre la arena como las zancudas y las palmípedas. Hasta la tarde no vuelven al sitio donde pasan la noche.

Cuando se asusta súbitamente á un vultúrido poco despues de comer, acostumbra á vomitar una parte de lo que ha devorado antes de emprender su vuelo; lo propio hace cuando está herido. He observado con frecuencia este hecho en buitres cautivos, y he visto además que volvian á comer lo que habian devuelto.

En el momento de remontarse dan los vultúridos varios saltos muy seguidos, y algunos aletazos; cuando llegan á cierta altura se mueven casi sin agitar las alas, limitándose á cambiar la inclinacion, ya subiendo ó bajando en direccion del viento. Llegan sin esfuerzos aparentes á unas alturas prodigiosas; vuelan largo tiempo, y recorren de una vez trayectos de varias leguas, con mucha rapidez y sin fatigarse.

Pasan la noche en los árboles ó en cintos de roca, segun las especies.

Creíase en otro tiempo que los vultúridos se guiaban principalmente por el olfato; pero las observaciones de muchos naturalistas, confirmadas por mí, demuestran todo lo contrario. Un cadáver en completa descomposicion, cuyo olor infecto se extiende á cierta distancia, atrae á los vultúridos; este es un hecho que no se puede negar, pero el caso no es comun. Creíase que estas rapaces percibian los miasmas á una distancia de varias leguas, y hasta que les atraía el olor del moribundo; mas Le Vaillant ha observado, y yo lo reconocí despues de él, que los buitres acuden á los cadáveres frescos, que no exhalan todavia olor alguno. Yo los he visto llegar en todas direcciones, cualquiera que fuese el viento que soprase, y observé asimismo, lo mismo que Le Vaillant, que no aparecian junto á unos restos ocultos, sino cuando habian sido descubiertos y señalados por los cuervos. Creo, pues, poder afirmar que la vista es el sentido mas perfecto de estas rapaces, y que siempre se guian por ella.

Los vultúridos se reproducen al principio de la primavera en todos los países donde habitan: únicamente las especies raras anidan solas; las otras forman sociedad. Unas sitúan su nido en los árboles, otras entre las rocas, y varias en tierra; las hay tambien que soportan la presencia de aves extrañas en sus colonias, como por ejemplo, de la cigüeña.

Cuando los vultúridos anidan en los árboles, su nido es enorme; pero no difiere del de las otras rapaces. El armazon se compone de ramas fuertes, del grueso del brazo, á las que siguen otras mas pequeñas, formándose la excavacion de ramaje y raíces; el interior suele estar relleno de pelos: cuando el nido se apoya en las rocas ó en tierra, apenas se le puede dar el nombre de tal.

En todos aquellos puntos donde son perseguidas estas rapaces, no se fijan sino en las rocas ó árboles inaccesibles; pero no hacen lo mismo en los parajes en que se creen seguras. En el interior de Africa, por ejemplo, se encuentran á menudo sus nidos en árboles muy bajos ó en verdaderos matorrales.

Los huevos, cuyo número es de dos ó tres en cada puesta, tienen generalmente la forma oval, cáscara rugosa, y fondo gris ó amarillento, con manchas, puntos y rayas de un tinte

oscuro. Es probable que el macho y la hembra los cubran alternativamente, ó por lo menos esto es lo que sucede con ciertas especies: no se sabe aun á punto fijo cuánto dura la incubacion.

Los hijuelos nacen completamente cubiertos de un plumon mas ó menos espeso: durante largo tiempo no pueden satisfacer sus necesidades por sí mismos, y solo al cabo de algunos meses comienzan á volar.

Los padres se muestran muy cariñosos con su progenie, y



Fig. 172.—EL GIPAETO BARBUDO

la defienden en caso de peligro, mas no contra el hombre. Al principio reciben los hijuelos sus alimentos descompuestos y á medio digerir; mas tarde se les da una comida mas sólida; pero es difícil satisfacerlos, porque siempre es mayor el hambre que los domina. Aun despues de volar necesitan durante algunas semanas los cuidados del padre y la madre: bien pronto, sin embargo, aprenden á bastarse á sí mismos, y entonces se revelan todos los instintos de su raza.

Los vultúridos tienen numerosos rivales, pero pocos enemigos: los parásitos los atormentan; las águilas, los halcones y las cornejas los persiguen é inquietan sin cesar, y los perros y los marabús les disputan el alimento. El hombre reconoce los servicios que le prestan, y no les da caza sino cuando se permiten acometer á los rebaños, en vez de contribuir á la desaparicion de los cadáveres. El gipaeto y el condor son los dos infelices seres destinados á expiar todas las faltas de que son culpables las demás rapaces. Las otras especies, por el contrario, son objeto de un terror supersticioso; no se las aprecia, ni van comprendidas en los legados de los mahometanos ricos y bienhechores. El indio ve en estas aves, que

devoran sus muertos, unos seres sagrados á los cuales no puede perseguir; el indigena del interior de Africa las deja obrar libremente, aunque no las absuelva de todo por los daños que ocasionan.

CAUTIVIDAD.—Todos los vultúridos soportan fácilmente la cautividad; son duros y muy capaces de resistir el frio; bien es verdad que en su estado libre sufren alternativamente bruscos cambios de temperatura al remontarse y bajar por las regiones aéreas. Conténtanse con el alimento mas vulgar, y cuando están hartos, pueden guardar ayuno por espacio de semanas enteras.

Domesticanse muy pronto: merced á su indiferencia, se sobreponen á las muchas miserias que sufren desgraciadamente durante la cautividad; aunque hay algunos que constituyen excepcion y ven solo en su amo un enemigo al que tratan de hacer comprender su fuerza.

Los vultúridos solo interesan cuando se les pone en una vasta jaula en compañía de otras grandes rapaces. Permanecen pacíficos casi todo el dia; pero en ciertos momentos, y sobre todo á la hora de comer, reina la mayor agitacion en